



CUATRO DE "EL SOCIALISTA"

Por F. VAZQUEZ OCAÑA

ALGUN día se hará el Libro de los Muertos socialistas. Y quedarán, para ejemplo de los socialistas vivos, incontables biografías de buenos compañeros, héroes sencillos y casi ignorados de nuestro terrible drama español. A menudo pienso en aquella Redacción de EL SOCIALISTA, de la calle de Carranza. Y veo a Zugazagoitia, a Cruz Salido, a Federico Angulo, inclinados sobre sus mesas —viejas mesas que reclamaban humildemente su jubilación— y ajenos a que las cuartillas que llenaban de ideas y propósitos generosos habrían de servir de pruebas fatídicas en los juicios sumarísimos.

Cuando yo dejé a mi Córdoba con su claridad sumida en sombras, a principios del año de 1936, la bondad de Zugazagoitia y el ambiente de la Redacción aligeró mi carga de sentimientos y presentimientos. Trabajamos juntos intensamente, con la ilusión de influir en la soliviantada opinión pública, durante unos meses exacerbados. El no conformismo de las derechas se había aliado a las flaquezas y a la ineptitud de los prebostes izquierdistas, y el régimen estaba metido en un atolladero. Para sacarlo de él, Azaña y Prieto inventaron la fórmula del Frente Popular. "Hay que unirse desde Maura hasta la "Pasionaria", solía decir Prieto. Con el tiempo, la fórmula alcanzó boga en Francia y allí también triunfó tan efímeramente como en España. Pronto se vió que la voluntad de la mayoría, manifestada electoralmente, carecía en ambas naciones de fuerza para infundirle al Estado una acción enérgica. Pero a poco que se descubriera el contraste entre la situación

real de dichos pueblos y los actos de gobierno, se caía en la cuenta de que el fracaso no estaba en los electores, sino en los elegidos. La astuta diplomacia fascista supo sacar partido de la consagración infortunada de estadistas de paja, meramente retóricos o demagógicos e impropios para la dificultad de los tiempos. Los nervios de los grandes políticos demócratas no iban más allá de la palabra contemporizar, y este espíritu constituyó un excelente "camouflage" de la "quinta columna", ocupada en envenenar hasta el tuétano a las incautas democracias.

Al reunirse las terceras Cortes republicanas, los salones donde el esnobismo reaccionario había alzado altares a la "svástika" y al haz lictorio decidieron derramar sobre la calle pandillas de pistoleros. Al producirse la réplica de los elementos combativos del Frente Popular, quedó al descubierto la fragilidad del poder público. El día que fué descubierto el cuerpo acribillado de Calvo Sotelo llegué a la Redacción, como de costumbre, a repasar allí la prensa. Zugazagoitia estaba ya en su despachito, rodeado por las barbas tutelares de las fotografías de Marx, Darwin y Pablo Iglesias. El aspecto de Zuga (así lo llamábamos sus amigos) solía tener un aire huracán, que engañaba, pues a poco de hurgar en su carácter encontraba uno la más exquisita intimidad. Con todo, aquella tarde me chocó su sobrecejo. —"¿Has visto ya los periódicos?" —"Aún no"... —"Pues lee"... —Y me alargó un diario con

la atroz noticia. Recuerdo que Zuga me miró fijamente, y con un dejo de profunda preocupación dijo: "Esto se acaba". "Esto" no podía ser otra cosa que la República.

EL SOCIALISTA había conseguido ser, en el periodismo español, una entidad moral, a la cual consultaba la opinión descarriada. Aparte de lo que significaba la tradición de la casa y las normas de probidad que el Partido exigía a sus redactores, Zuga había establecido una escuela de buen sentido. Por aquel entonces ya el Partido estaba dividido por gala en tres, y si había un hombre capaz de mantenerse equidistante de las diversas tendencias y no traslucir desequilibrio, ése era Zuga. El periódico no fué distinto a su director, y justamente aquel fino eclecticismo, hecho mitad de severidad y mitad de tolerancia, entonces entre la acrimonia y el fanatismo de los extremistas. A Zuga le molestaban las gestikulaciones excesivas de la calle, el serrín polémico, pero la ansiedad del pueblo le acongojaba, aunque nunca lo decía. Y casi siempre, por miedo de que sus juicios parecieran irritados, los unguía con un suave humor, que era la esencia de su estilo.

Aún lo veo en la Redacción. Era una estampa vasca, pescuezo largo y "chapelchiki". Su voz de fagot intervenía apacible en los duelos fraternales de Cruz Salido y Albar. Hombre de pocas palabras y honrados hechos, se había propuesto, y lo consiguió, poseer ese tipo de autodisciplina que impone raras perfecciones. Todo en Zuga era continencia, afabilidad, amor al prójimo. Hay hombres que saben

hacerse el ánimo a las cosas, pero Zuga llegó a construirse un alma recogida y honesta. No era de los que trabajaban por los trofeos que rinde el periodismo y la política. Fué diputado a Cortes, ministro de la Gobernación, y no quiso aceptar la embajada que le ofreció Negrín en América, por no ausentarse de España en momentos de peligro. Ya en París, en el destierro, me dijo un día: "Lo único que he deseado es poder escribir a gusto, y es triste que sea aquí donde pueda hacerlo". Su minerva soñadora se ocupaba en recoger imágenes puras de la guerra española y en preparar una "Vida" de Van Gogh, el pintor loco, cuando la Gestapo le echó la mano al cuello. No le valió el haber salvado muchas vidas falangistas y entre ellas algunas empingorotadas. Fué fusilado en Madrid, al que se dió en cuerpo y pluma durante los días rojos y heroicos del sitio, y junto a él cayó Cruz Salido. Los compañeros de trabajo, los amigos de tantas horas, están envueltos por la misma tierra. Se hace difícil comprender que la reacción española haya puesto frente al piquete víctimas de esta jerarquía, para no ser perdonada jamás.

En los días de la sublevación de los militares, se podía decir que la lucha se verificaba en el alfoz de EL SOCIALISTA. Por eso los primeros cien fusiles destinados a las milicias se repartieron en la Redacción. Federico Angulo salió de su rincón, abandonó su mesa y dijo simplemente: "De esto entiendo yo".



**J U L I A N
ZUGAZAGOITIA**
director de EL SOCIALISTA
en los tiempos más brillantes y
también en los más heroicos del
órgano diario de nuestro PSOE

La reaparición de EL SOCIALISTA, siquiera sea dentro de la modestia tipográfica que le impone su pobreza de medios económicos, ha causado gratísima impresión entre los socialistas exilados y entre muchos simpatizantes y viejos lectores del que fué —y volverá a ser— magnífico diario. Nuestra gratitud por las palabras de aliento que hemos recibido.

Fueron acudiendo, en fila sin fin, hombres del pueblo, de todos los barrios y categorías, y Angulo revistó la primera compañía miliciana bajo las acacias de la calle, una mañana amarilla, a la que prestaban negros presagios los tricornos de cien guardias civiles apostados en la glorieta de San Bernardo. ¿Contra quién dispararían sus máuseres? Se esperaba que la tropa del cuartel del Conde Duque hiciera descargas contra el pueblo, como las habían hecho desde el cuartel de la Montaña, Getafe y los Carabancheles. Días después Angulo y su compañía marcharon a Guadarrama, a cortar el paso a las fuerzas de Mola. Allí abrió en su pellejo su larga cuenta de heridas. Las segundas —fué un zurcido de ametralladora— las recibió en el puente de Medellín, cuando la columna de legionarios y moros subía por Extremadura. Más tarde fué a Málaga, que no era hombre para convalecencias prolongadas, y como si su destino fuera acudir a los sitios de mayor desgracia pidió que se le enviara a Santander, en visperas de la caída de esta plaza. Fué el último jefe militar de la ciudad. No quiso embarcarse y dejar allí a sus soldados, porque a diferencia del coronel Casado, el teniente coronel Angulo entendía el deber militar con espíritu clásico. Sabía que el enemigo sería inexorable con un redactor de EL SOCIALISTA, y cuando se sentó, con aquel gesto de suave fatiga que nunca le abandonaba, frente al tribunal castrense, supo pedir que si había de ser una víctima más de la sublevación se le dispensara de juicio, ya que de obrarse conforme a ley era a él a quien le pertenecía juzgar. Fue condenado a muerte y el presidente del tribunal creyó atenuar la sentencia con la declaración de que el reo era un perfecto caballero español. Un año largo estuvo en la cárcel de Larrinaga, en Bilbao. Se jugó con él, mientras se gestionaba el canjeo, una cruel partida de esperanza. Con maravillosa ternura aludía en sus cartas a la entereza de sus camaradas de prisión, condenados como él a la última pena y que no habían de alcanzar otra libertad que la definitiva. —“Ocupaos de ellos. Yo sé esperar”. Un amanecer cerraron la cuenta de balazos de Federico Angulo junto a las tapias del camposanto de Derio. Ya no lo veían más las muchachitas de los viejos cafés madrileños, a quienes solía saludar con una galantería refinada y a las cuales canturreaba, en excelente francés, letrillas de Boulanger con aires del rey Dagoberto.

Cruz Salido se revolvía, hispido y risueño, contra todo. Tenía el peor genio de la casa, a excepción de Fernando Espino, el regente de la imprenta. Los autores de comedias superficiales y las actrices de edad consecuentemente indefinida se alegraron cuando Cruz Salido marchó al Norte a enviar crónicas de guerra desde las Asturias y Bilbao. En la Redacción era materia de chéchara la floración ominosa de los “incontrolados”. En los primeros días Madrid parecía una verbena de consignas y cada barrio el mejor palacio había sido “incautado” para central de acción directa. EL SOCIALISTA no quiso ser un discretísimo diario más y arremetió contra los practicantes de la revolución sin síntesis. Aquello no era fácil, pues las secciones volantes del ejército de retaguardia, que los nietos de Malasaña bautizaron con gracejo: “Ametralladoras de Nearesco”, solían cobrarse a tiros los sentimientos. El automóvil de la Redacción fué acribillado una tarde y un redactor herido. Cierta noche, con el pretexto de que se filtraba luz por los balcones, una gavilla de “incontrolados” nos hizo un fuego graneado que hubiera causado envidia a los milicianos de Somosierra. Se llegó incluso a intentar un asalto con unos sospechosos guardias de Seguridad, a los cuales no se pudo sacar quién los había mandado a “protegernos”.

Prieto, que vivía en el tercer piso de la casa —Carranza, 20—, uno de los tres olimpos de la política del momento —los otros eran los domicilios de Azaña y el de Largo Caballero— descendía a veces, atraído por aquellos ruidos, y agravaba nuestras aprensiones con el espectáculo espiritual de su eterna duda. Pesimismo o incredulidad, la verdad es que Prieto no extraía nunca deducciones optimistas de los acontecimientos. Y, en términos generales, no había que

quebrarse la cabeza ante los hechos. El pueblo español era acreedor a que se tuviera fe en su instinto. Los diques de su santa paciencia habían caído y no tenía él la culpa, sino el ultramontanismo eclesiástico, por aquello de que intentar una reforma laica en España era tanto como comer carne del Papa y sabido es que quien prueba este manjar, muere; y por el resentimiento del señoritismo rural, incapaz de comprender la necesidad de una reforma agraria; y por la castiza idiosincrasia levantisca de los militares, a quienes les supo a mal que Azaña pusiera mano en un ejército sin soldados y sin armamentos, pero con 600 generales y 21.000 oficiales en los cuadros de mando. Salvando a Negrín, que sí creía y cree en sus compatriotas, los españoles tienen que padecer entre sus males de conformación histórica el cáncer del escepticismo de sus estadistas, desde Cánovas a Prieto, pasando por Silvela, Sagasta, y hasta don Diego Martínez Barrio. Para unos el pueblo español era un viva la virgen y para otros un cuerpo sin pulso.

Cruz Salido disparaba sus saetas todas las tardes contra Manuel Albar, que representaba en la Redacción de EL SOCIALISTA la faz fina de Aragón, espíritu crítico y estilo disertador.

Ya de noche caía el hombre de los frentes: Gutiérrez de Miquel. Grande, colorado y bonachón como un brandemburqués. Tomaba asiento y comenzaba a describir, minucioso, el curso de las operaciones. Le llamaba el arte militar. En una cuartilla trazaba líneas y más líneas, definiendo los aciertos y errores tácticos. —“Sí, comprendo —le dije una ocasión, echándole un jarro de agua fría— El Estado Mayor debe consultarte... Pero en vez de contárnoslo, ¿por qué no se lo cuentas a los lectores?”. Aquel era el minuto trágico de De Miquel: llenar cuartillas. El periodismo, para tan veterano periodista, resultaba un gran oficio, siempre que estuviera exento de dicha servidumbre. Con el tiempo, su afición de mando lo convirtió en jefe de uno de los sectores de la defensa de Madrid. Y hoy el teniente coronel De Miguel está condenado a treinta años de prisión.

De Cayetano Redondo no puedo hacer un diseño directo, porque no coincidí en la Redacción con él. Era de aquellos hombre forjados en la Casa del Pueblo. Fué alcalde de Madrid y comisario del ejército del Sur. La sublevación de Casado y el final de la guerra le sorprendieron en Jaén, donde fué fusilado.

Zuaza, Angulo, Cruz Salido, Redondo. Cuatro de EL SOCIALISTA. No puedo aritar “Presentes”, porque esta invocación corresponde a los espectros insurrectos. Cuatro ejecutados y un condenado a cadena perpetua en una Redacción de nueve redactores, por el delito de servir a su país y a la democracia por ser fieles a la ley. Por ser, en sustancia, criaturas apegadas a la universal dignidad del hombre libre. Sólo hablo de una Redacción socialista. En Madrid mismo, otro director socialista, Javier Bueno, combatiente y mártir en Asturias, azarandeado por muchos años de nobles rebeldías, cayó también frente al pelotón. Y en provincias, allí donde el levantamiento sorprendió una prensa y unos hombres consagrados al servicio del pueblo, pronto acudieron como coyotes los ultramontanos para devorarlos. Centenares y miles de imágenes humildes que aguardan el gran libro redentor. “Así fueron ellos...” Aquí en México están Manuel Albar, Ossorio, Serra, Martín Puente... Estoy seguro de que ellos, como yo, escuchan la voz de los muertos de EL SOCIALISTA que nos dirigen la invocación más durable y más pura para la unidad. Ven como yo a Zuaza huragando el único regalo que llegaba a él y aceptaba del gran sábado rojo: Cualquier viejo libro, salvado de un incendio, como el Tratado de Cetrería con que yo lo obsequié y en el que regustaba antiguos vocablos, olorosos a vino añejo. España fermentaba monstruosamente y surgían de ella armonías grandiosas cuyo motivo básico era una rica y valiente vida. Cuando quiero separar del fondo apasionado, crispado y profundo, las siluetas de mis amigos, las veo avanzar como sueños. ¿No dijo Shakespeare que estamos hechos de la tela de los sueños y que nuestra vida en un sueño acaba?... .

POR LA UNIDAD ANTIFASCISTA

Los emigrados republicanos españoles residentes en Argentina han hecho pública la declaración siguiente:

"Como españoles nativos y demócratas, viviendo dentro de la gran familia argentina, y acogidos a su hospitalidad y leyes, queremos en estas circunstancias, las más graves por que atraviesa el mundo, declarar nuestra solidaridad con los pueblos agredidos, condenando plenamente la última y alevosa agresión que acaba de sufrir la democracia americana. Por lo tanto:

1o. Estamos incondicionalmente ligados al combate que los pueblos agredidos libran por su libertad, ya que corresponde al que nuestro país sostiene con las otras naciones dominadas de Europa.

2o. Considerando que tanto el pueblo alemán como el italiano y el japonés, son víctimas de un régimen de fuerza que los tiraniza, estamos junto a ellos en la lucha por su propia liberación.

3o. Siendo los altos jefes de las grandes democracias los responsables máximos en la dirección de la lucha que tan cerca nos toca, estamos, pues, con Churchill, Roosevelt, Stalin y Chiang Kai Schek.

4o. Habiendo sido el pueblo americano víctima ya de la agresión totalitaria, nos consideramos íntimamente ligados a todos aquellos países que entraron en guerra, junto con los Estados Unidos, para defender la integridad del Continente.

5o. Para responder al llamamiento de honor que en cualquier instante puede hacérsenos, consideramos indispensable que todos los españoles nativos residentes en América unifiquen su pensamiento, formando un solo bloque con los ciudadanos de los países democráticos que nos acogieron.

La gravedad de las circunstancias presentes, y el futuro de nuestra España que están en juego, nos hacen insistir con la autoridad que pueden tener los hombres que pasaron las primeras duras pruebas de esta guerra, en la urgente necesidad del agrupamiento del pueblo español disperso, dentro de la comunidad de los pueblos partidarios de la libertad".
Avelino Gutiérrez, Augusto Barcia, Ricardo Baeza, Blasco Garzón, Rafael Alberti, Castelao, María Teresa León, Ramón Laviada, Luis Jiménez de Asúa, Neira Vidal, Coronel Galán, Serra Morret, Dr. Valiente, José Venegas, Eleodoro Friol, Sebastián Zapirain, Jacinto Cruz, Gerardo Diaz. (Siguen las firmas).

POR LA UNIDAD SOCIALISTA

Los socialistas españoles que hoy residen en Buenos Aires han logrado, a lo largo del tiempo transcurrido desde que finalizó la guerra de nuestra patria, mantenerse apartados de todos los debates producidos entre los correligionarios residentes en otros países, y hemos coincidido en lamentar estas disputas que, a nuestro juicio, eran estériles y dañinas.

Nos hemos reunidos ahora y hemos deliberado sobre lo que consideramos una situación nueva creada a la lucha de la democracia española. Son testimonio de ello los hechos siguientes: El envío por parte del franquismo de una fuerza expedicionaria a colaborar con los nazis en la guerra que éstos sostienen, lo que convierte la discutible neutralidad de los titulados gobernantes españoles en una forma de beligerancia; el juicio que ante los representantes de la prensa formuló sobre la posición actual del franquismo el subsecretario de Estado Mr. Summer Welles en Washington; las declaraciones hechas en la Cámara de los Comunes, que anticipan una rectificación del Gobierno inglés, por el ministro de Relaciones Exteriores, Mr. Anthony Eden, y, finalmente, el discurso pronunciado en Londres por el último jefe del Gobierno de la República, D. Juan Negrín.

El conjunto de estos hechos nos induce a adoptar los acuerdos siguientes:

PRIMERO—Expresar nuestra adhesión al contenido del discurso de don Juan Negrín.

DE VUELTA DEL ERROR

La noción clara, elemental y primaria de que al fascismo —y el fascismo español no puede ser excepción— hay que oponerle cuanto le sea hostil, no parece haber penetrado en todas las cabezas, pues hay quien se ha creído en el caso de formular estos y aquellos distingos. Con el resultado de catástrofe que, en lo general, puede advertir todo el que tenga ojos para ver. Lo más fuerte es que, ya en plena desdicha, no se ha modificado la mentalidad de algunas gentes o que ha evolucionado a contrapelo, y así vemos a antiguos exaltadores de toda conjunción de fuerzas opuestas al fascismo, con registro de patente del Frente Popular, formular reparos y establecer exclusivas. Aunque sean pocos y no de gran crédito, hay que reconocer que su esfuerzo contribuye a frenar el impulso general a marchar en la única dirección salvadora. En este sentido, los acuerdos tomados por el Laborismo inglés en el Congreso de Edimburgo y la alianza entre Inglaterra, Rusia y Estados Unidos son especialmente ilustrativos, y a estas horas están haciendo meditar a muchos españoles recalcitrantes. Dos décadas de propaganda y de esfuerzos continuados no habían bastado a lograr la unificación del movimiento sindical en el plano internacional. Corresponde a los trabajadores españoles la gloria de haber sido los primeros que en Europa destacaron la importancia que para el curso que debía seguir la política en el mundo tendría la incorporación de los poderosos Sindicatos Soviéticos a la F. S. I. En 1936, en el Congreso celebrado por esta organización en Londres, fué Largo Caballero quien defendió con gran vigor político la conveniencia de establecer contactos con los Sindicatos rusos, aproximación que debía ser el antecedente de su ulterior adhesión a la Internacional Sindical. El partido Socialista Obrero Español y nuestra Unión General de Trabajadores fueron las organizaciones europeas que primero comprendieron lo que se ocultaba bajo las posiciones defensoras de una democracia "pura", qué mercancía amparaba el "anticomunismo" abrazado por muchos grupos de vanguardia y no pocos de retaguardia, en la ocurrencia exaltadamente demócratas. Se tendía así a comprometer la política de los frentes populares, que —ahora se ve— era y es la única correcta en la etapa histórica que llena la expansión de las ideas y de la acción fascista. Este resultado de disociar y destruir las fuerzas progresivas de todos los países se logró plenamente. La liquidación de los grandes conglomerados que agrupaban a las fuerzas enemigas del fascismo constituye el pródromo obligado de los desastres que conocemos y que los españoles, no ciertamente por nuestra culpa, fuimos los primeros en sufrir. Se vuelve ahora en el mundo, de manera bien penosa, de aquellos errores. Mas, ¡cuánta sangre vertida y cuánta miseria hubieran podido ser evitadas si los elementos que forman en ese lado negativo de la barricada hubieran tenido la sensación clara de la realidad, una visión justa de los propósitos que abrigaban nuestros adversarios! Los acuerdos de Edimburgo significan una rectificación solemne de una política estrecha, sectaria y trágicamente miope. Los Sindicatos ingleses se alzaron siempre, en sucesivas reuniones internacionales, contra el punto de vista de nuestro movimiento obrero. Y fué gracias a lo que representaban como fuerza para la Federación Sindical Internacional, a su peso indudable, todopoderoso podríamos decir, en esta gran organización, por lo que la visión profética de nuestros delegados fué desdénada. Hoy son Eden, Citrine, el propio Citrine, que se alzaba con indignación apenas contenida frente a nosotros, quienes han ido a Moscú a comunicar al Gobierno y los Sindicatos rusos un mensaje de concordia y de unión. Decisión que no llega tarde, porque estas cosas nunca llegan tarde, pero que se produce con un retraso histórico sencillamente deplorable. Por lo que respecta a nuestro Partido y a la U.G.T., ningún reproche puede ser formulado. No ha habido, desde la fecha indicada, ninguna reunión internacional en la que no hayan propugnado esa política de acuerdo y de inteligencia con nuestros compañeros rusos. Y si alguien sintió algún desfallecimiento en su defensa, no hemos sido nosotros ciertamente. Ella se nos apareció siempre como el complemento inevitable y saludable de la política de frente popular en toda Europa, política destinada a oponer al fascismo, que sabíamos arrollador, algo más que disquisiciones y sutilezas sobre el verdadero sentido de la democracia y del liberalismo. O en cuanto a los propósitos que los comunistas abrigaron al brindarnos, ellos que tanto nos han combatido, una alianza semejante.

Ahora que se reconoce sombríamente que aquélla era la buena política, en este momento en que se arrumban y liquidan los escrúpulos de tendero que la comprometieron e hicieron fracasar cuando su aplicación pudo ser más eficaz y trascendente, aparecen entre nosotros, entre los españoles exilados, algunos espíritus que se encuentran con energía suficiente para resucitar el anticomunismo, del que ya los más sesudos varones de ambos continentes dicen, a la luz de la reciente experiencia histórica, que ha sido la cortina de humo tras de la cual han podido maniobrar cómodamente los fascistas francos o encubiertos de todos los países. No encontramos en sus alegatos un solo argumento serio, de cierta altura política, que justifique una posición que, por lo que a nosotros respecta, lleva contenida una rectificación de la política del Partido. No tienen ninguna fuerza de convicción la exhibición de rencores ni el abul-

(Continúa en la página 5)

tamiento de las injusticias de que los socialistas hayamos sido víctimas. Basta para comprenderlo así, comparar la magnitud de las tareas a realizar, el esfuerzo titánico que ellas exigen, con las dimensiones de los agravios que se adelantan. Agravios que, teniendo su valor, nadie que sea político puede creer que él sea tanto como para invalidar una norma política que los hechos imponen. Otros son los motivos que se encuentran en la base de estas posiciones desgraciadas. Se irán estudiando. Por hoy, vaya una sola declaración: la de que nadie puede pretender superarnos en la estimación de los ataques de que hayan podido ser objeto nuestros compañeros a lo largo de una conjunción de fuerzas y de trabajos en los que las fricciones —no sólo con un sector— no fueron raras. Pero que no se dramatice excesivamente su importancia indudable, para ocultar tras una muralla de palabras una inercia delicadamente cultivada. Los socialistas españoles en el exilio, apreciando la importancia de la hora, deben tender la mano a todos los compañeros de la batalla transitoriamente perdida. Y en la fuerza del apretón que reciben descubren, sin palabras, la voluntad de lucha o la insinceridad de los demás: si es en efecto verdad que existe la necesaria disposición para realizar el buen trabajo que es necesario emprender.

La División Incolora

NO QUIEREN VER NI OIR

Reproducimos con gusto las siguientes declaraciones de un republicano moderado como don Augusto Barcia, dedicadas sin duda a los que, llamándose demócratas, sirven al pacto anti-comintern y explotan el fantasma del comunismo, verdadero engañoso. Esperamos que al señor Barcia le motearán en seguida de "comunista" y le denunciarán al guardia de la esquina.

La resistencia de la Unión Soviética frente a la agresión totalitaria es de una trascendencia enorme... Para la democracia y para el mundo entero, excepto para aquellos que no quieren ver ni oír teniendo ojos y oídos.

No puede alarmarnos a los que somos auténticamente liberales, es decir, espíritus propicios siempre a las rectificaciones originadas en el libre examen, la existencia de un gran Estado popular, de una auténtica gran potencia organizada sobre nuevas bases: la URSS. La gran fuerza que salve al mundo y reorganice la marcha del progreso, después de la victoria, se polarizará probablemente en la identificación de esas tres comunidades de pueblos: La Unión Norteamericana, la Unión Soviética y el Reino Unido o Imperio Británico.

En cuanto a las reservas mentales de un liberalismo retrasado —que es la mayor negación del liberalismo—, si alguna objeción hicieran ciertas gentes a estas manifestaciones de leal salutación a la resistencia heroica que está demostrando el pueblo ruso, podría responderse con esta consideración final: ¿no habremos estado equivocados de buena fe los demócratas respecto a Rusia? ¿No nos habremos dejado llevar un poco por la sutil propaganda antimarxista de los antidemócratas? Ya es peligroso que grandes estados liberales hayan coincidido dócilmente en su actitud errónea con los santones totalitarios que, para hacer prosélitos de sus credos dictatoriales, expresaron cuando les convino el fantasma del comunismo.

La URSS está demostrando, para sorpresa de muchos, que es un Estado perfectamente organizado. Su heroísmo, su fuerza, sus dotes de reactividad frente a la agresión, la adhesión en torno al poder central de Moscú de cuarenta pueblos de sangre, raza y lenguas distintas demuestran que en la Rusia anterior a junio de 1941 no imperaba esa tiranía despótica que tanto han reflejado en sus "rapports" los propagandistas totalitarios, para mantener vivo, irreconciliable, el divorcio entre las grandes democracias del mundo y el gran pueblo ruso.

AUGUSTO BARCIA

Suscripción a favor de "El Socialista"

Iniciamos desde este número la publicación de los donativos que vamos recibiendo para sostener y, naturalmente, mejorar la publicación de nuestro periódico. Recuérdese que EL SOCIALISTA vivió siempre del esfuerzo de los trabajadores, pues ni la venta de ejemplares cubría su presupuesto, ni admitía anuncios que supusieran complicidad o tolerancia con las empresas capitalistas. Alguna vez reforzó sus ingresos con un descuento —harto aleatorio— de las dietas de los representantes del Partido en corporaciones oficiales. Y así llegó a tener, céntimo a céntimo, una gran imprenta que se inauguró en plena guerra. Un capítulo de historia que algún día se escribirá. Volvemos a los tiempos heroicos. A los tiempos de Iglesias y Vera. Y confiamos en volver también a la imprenta de la calle de Trafalgar. Como entonces, algunos donantes se escudan discretamente en el seudónimo; pero no es, como entonces, por temor al patrono...

Primera lista

| | |
|-----------------------------------|---------|
| Francisco Valles | \$50.00 |
| Julio Anglada | 2.00 |
| José Palomar | 1.00 |
| Felipe Mesto | 1.00 |
| Un admirador de Vera | 3.00 |
| Santiago Fernández | 5.00 |
| X. X. | 3.00 |
| Eugenio González | 0.50 |
| Mariano Villagrasa | 1.00 |
| Gabino Sánchez | 1.00 |
| Elias Delgado | 5.00 |
| E. Izquierdo | 0.50 |
| R. Lamóneda | 2.00 |
| Ramón Alvarez | 1.00 |
| Antonio Cobos | 0.50 |
| Un socialista | 1.00 |
| Un gato | 2.00 |
| Evaristo Alvarez | 1.00 |
| José María Obregón | 1.00 |
| Círculo Cultural Jaime Vera | 30.00 |

Suma la primera lista. ... \$111.50

México, enero 1942.—El Administrador, Ignacio Ferretjans.

El Dieciséis de Febrero

El día 15 del corriente, domingo, a la una y media de la tarde, se celebrará una comida de confraternidad democrática española en el restaurant de la Unión de Empleados de Restaurantes y Cantinas del D.F. El precio del cubierto es de \$3.50 pesos. Las tarjetas pueden adquirirse en el Círculo Jaime Vera, República del Salvador, 73 altos, o en la U.G.T., Madero 74.

Existe gran entusiasmo para celebrar el sexto aniversario del triunfo electoral del Frente Popular español.

PIERRE VIGNE

BERNA Suiza, enero. Tiempos duros los que vivimos, lo son mucho más para los compañeros que residen en los países ocupados por las tropas nazis. En ellos el deber, el cumplimiento de los deberes contraídos con su clase por parte de los militantes socialistas y sindicales, no es cosa ciertamente cómoda. Conocemos tiempos verdaderamente heroicos. Cada trabajador socialista se ve puesto a prueba cada minuto. Y, en cuanto a los elementos rectores o dirigentes del proletariado, su posición no es de facilidad. Quieran o no, han de optar, y son muchos los que han optado ya.

La claudicación pura y simple ha llevado a algunos como René Belin a ser ministros que se sientan a la vera de Pétain. La firmeza en las convicciones ha conducido a otros a la prisión, los campos de concentración, cuando no a la muerte ante el piquete de ejecución.

Los hechos tienen su dialéctica y no pueden ser eternamente burlados con las palabras y el cultivo del matiz. Nombres hasta hace poco ilustres en el movimiento obrero han perdido todo prestigio y no gozan de ningún respeto. Son los de aquellos que colaboran en el "nuevo orden" y se esfuerzan en poner a remolque del fascismo transitoriamente triunfante a la clase obrera que en ellos depositó su confianza. El genio del "planismo", Henri de Man, hasta se complace en elevar a sistema, en convertir en teoría política su traición al deber. La lista de los renegados es larga. Como es larga la lista de los mártires.

En estas defecciones hay algo más que la debilidad de la carne, que el miedo físico vencedor y aplandador de todos los resortes espirituales.

Entre los conformistas franceses, por ejemplo, figura Vigne, el secretario de la poderosa Federación de Mineros francesa. Vigne era un anticomunista rabioso. Vigne es autor de un libro tristemente célebre: el escrito con el pretexto de realizar una encuesta sobre las condiciones de vida de los mineros en la U.R.S.S. Su objetividad, que ahora vemos hasta qué punto lo era, le llevó a mostrar la condición material de los mineros rusos como francamente mala. Los patronos mineros franceses le agradecieron mucho esta pretendida "objetividad". Los mineros rusos de la cuenca del Donetz, no sabemos qué suerte habrán corrido. Las minas están en manos de Hitler. Vigne trabaja franca y resueltamente por el "nuevo orden" de Hitler. Esta actitud está relacionada con su libro, y entre ambas existe una relación de causa a efecto. ¿Cree Vigne que Hitler hará a los mineros rusos el favor de dignificar sus condiciones de vida? Lo dudamos. Pero Hitler y su nacional-socialismo se proponen acabar con el socialismo y dejar el nacionalismo. Y esto es lo que cuenta. Los Vigne no han sido en realidad otra cosa que fascistas en potencia. Las circunstancias han hecho que deban definirse como fascistas activos y resueltos. Y por ahí andan, entregados a la más triste cruzada que un militante pueda emprender: la de reclutar obreros para Alemania y estimular el esfuerzo de los trabajadores para que produzcan hasta el agotamiento, a mayor gloria de Hitler. La coincidencia en el odio irracional e indiscriminativo al comunismo que establecen algunos militantes obreros, no es, en el fondo, y aunque el descubrimiento les sorprenda a muchos, más que una forma latente de fascismo. Fascismo que allora y se define descaradamente en cuanto se crean las condiciones favorables para su eclosión. Tal ha sido el caso para muchos líderes y jefes obreros que no han tenido el pudor de retirarse a un salvador ostracismo, sino que han optado por la traición. Belin, junto a Lucien Romier, el ideólogo más ilustre del fascismo francés, trabaja porque no existan sindicatos independientes, porque los obreros de su país no dispongan de otras organizaciones que las creadas por el coronel

La Rocque. Y así, se emplea el hombre en formar "un frente del trabajo" que sea copia fiel del artificio hitleriano por el que el proletariado alemán ha perdido toda sombra de libertad y ha podido ser conducido a la gran aventura que acabará con su destrucción.

Estos resellados, sólo en una cosa son consecuentes: en su anticomunismo. Feroces anticomunistas antes, ahora siguen siéndolo con igual decisión. Esta oposición a la dictadura roja, esta su exaltación constante de la democracia burguesa no les ha impedido saludar con regocijo y medrar al lado de la dictadura parda. Agentes del capitalismo en las filas de proletariado, la dictadura fascista después de todo constituye un régimen del que queda proscripta toda posibilidad revolucionaria. Para estos renegados, el régimen ideal.

XX.

En mi hambre mando yo...

El día 16 del corriente se cumple el sexto aniversario del triunfo electoral obtenido en las urnas por el Frente Popular español. Contribuyó a él la unión de todos los partidos y organizaciones antifascistas, que después de la represión brutal del movimiento de octubre del 34 comprendieron la necesidad de aliarse contra el enemigo común: el fascismo larvado que ya desde 1933 representaban los partidos de las derechas y en algunos casos las derechas de los partidos. Pero realmente lo que en todos los aspectos dió el triunfo a las izquierdas fué el movimiento de opinión levantado en torno a los millares de presos por el movimiento de octubre y sus líderes serenos y dignos ante la muerte. Fué inútil que los elementos reaccionarios apelaron al soborno: el pueblo se negaba a vender su voto por una promesa de destino o por una dádiva, aunque el hambre era mucha en los pueblos.

En las Cortes citó Fernando de los Ríos un episodio lleno de grandeza cívica de un elector, ejemplo para electores y elegidos: el de aquel gitano granadino que cuando le intentaban comprar el voto contestó: "En mi hambre mando yo".

Magnífico pueblo español, que, pese a sus sufrimientos, sabrá de nuevo mandar en su hambre y forjar mejores destinos para la Patria. Por lo pronto, en el exilio existen muchos compañeros que han sabido y saben mandar en su hambre.

Por la unidad antifascista

(Viene de la pág. 3)

SEGUNDO.—Expresar nuestro deseo de que se constituya un organismo que represente a las fuerzas democráticas españolas, con la coincidencia total de los socialistas, a fin de utilizar las oportunidades que surjan para el rescate de nuestra patria.

TERCERO.—Dirigirnos a cuantos integran la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista encareciéndoles lleguen a un entendimiento mínimo, aplazando para su planteamiento en suelo español cuantas cuestiones puedan dividirlos.

Buenos-Aires, Agosto, 1941.—Fernando Espino, José Venegas, Julián Moreno, Antonio Salgado, J. Iniesta, M. Serra Moret, Manuel Mediano, Juan Llorente, Luis Jiménez de Asúa, Máximo Soto, José Méndez, La Fuente. (Siguen las firmas.)

CIRCULO CULTURAL JAIME VERA

A LOS AFILIADOS Y SIMPATIZANTES

El espectáculo de repetidas indisciplinas ha originado una explicable inacción en los socialistas que no hemos querido compartir ni secundar la obra de ir escindiendo, uno tras otro, los organismos de ayuda, los sindicales y los parlamentarios, partidos por gala en dos, para respaldar con ello posiciones personales y para volver a la creación del mito de la superhombria que tanto mal causó a nuestra causa a cuenta de aciertos inéditos y de promesas burladas. De esa inacción hemos salido cuando, disipada toda esperanza de rectificación de errores, y comprobada la obstinación de imponerlos contra la voluntad de la mayoría, la realidad nos urge un trabajo tenaz en servicio de nuestras ideas. La creación del órgano mediante el cual nos reincorporamos a la actividad socialista y aceptamos —frente a los que la han roto— la disciplina de la dirección legítima del Partido, no tiene nada que ver ni se nutre con el quebranto de entidades o tertulias —que ya nos eran ajenas— en que viejos y nuevos militantes, temerosos de la lucha por la vida a cuerpo limpio callan su inquietud y esperan la dispensa de mercedes con la misma conformidad que tanto censurábamos antaño en los que nos aseguraban su simpatía hacia los ideales socialistas, pero nos confesaban su temor de jugarse ni el canto de una uña por abrazarlos francamente.

Nos impulsa un afán de trabajar por nuestras ideas de toda la vida, sin mixtificaciones ni repliegues. Nos congrega un ansia de colaborar en la reconquista de España con todas las fuerzas democráticas, sin excluir a ninguna. No podemos aceptar el signo negativo del rencor impotente, castrador de toda capacidad creadora, expresión lamentable de derrota moral interior. Que se encarguen los enemigos de la República de reavivar entre los antifascistas rencores viejos y de crearle al Eje un ala izquierda. Están en su papel. Al nuestro corresponde, por el contrario, sobreponer a esos rencores —a todos, a los de todos— la urgencia de una amplia unión que multiplique la fuerza que entre todos sumamos para abatir al franquismo. A este respecto cabe decir que los socialistas tenemos derecho a sentir los agravios, sin bulas para aliados circunstanciales, pero no a proyectar esos sentimientos en la lucha que nos reclama una colaboración sincera con todos cuantos tienen un deber común al nuestro: el rescate de nuestra República y la liberación de nuestros hermanos perseguidos. Una política de rencores no puede ni debe ser norte ni motor de un partido animado de afanes creadores.

Podemos resumir al exposición de nuestros propósitos en lo antes dicho: Fundamos un Círculo que cumplirá la función de mantenernos unidos a nuestro deber de militantes activos del P.S.O.E. en el seno de la disciplina, que otros sustituyeron por la arbitrariedad; y hasta que circunstancias más venturosas permitan la expresión amplia del pensamiento de la gran familia socialista, continuaremos fielmente las orientaciones que trazó nuestro C. N. y que aplica nuestra C. E. Y así permanecemos, esperando que los demás nos imiten, que será tan pronto como su voluntad no esté frenada por el temor de represalias que tantos temen, sufren y condenan en privado; represalias evocadoras del caciquismo rural que tanto costó vencer en nuestro país, y que ni allí nos apartaron del deber, ni aquí torcerán nuestra voluntad.—El Comité.

Sui generis

En diciembre de 1941, nuestro compañero Ignacio Ferretjans, vocal del Comité Nacional del P.S.O.E. por Baleares, dirigió una carta al Comité del Círculo Cultural Pablo Iglesias retirando su petición de ingreso en dicho Círculo, fundando su actitud en estas razones:

"Ha transcurrido mes y medio desde la fecha en que solicité el ingreso en ese Círculo, y durante este tiempo se han producido hechos que, a mi juicio, están en pugna con las normas estatutarias de nuestro Partido. Me refiero, en primer término, a la elección verificada para cubrir las vacantes que se han producido en el seno de la Comisión Ejecutiva. Lo cual me obliga a solicitar mi baja de

este Círculo, con la esperanza de que algún día se impondrá el buen sentido entre los que no han dejado de ser socialistas, haciendo posible de esta forma que nuestro Partido vuelva a seguir los cauces de disciplina y acatamiento a los órganos superiores".

En enero de 1942, la asamblea del Círculo Pablo Iglesias acordó, sin embargo, dar ingreso a Ferretjans, y a continuación "expulsarlo".

Dar ingreso a quien no quiere ingresar.

"Expulsar" a quien no es afiliado.

Donoso es el procedimiento, que a otros han atribuido y censurado, de castigar la no afiliación o las bajas voluntarias reputándolas como expulsiones.

Así se hace "organización".



La Delegación del P. S. O. E., del Círculo Jaime Vera y de la U. G. T., en el Primer Congreso Antifascista de México

LA ESCISION DEL 39

P. S. O. E.

Notas de la C.E.

Hemos leído, no sin estupor, el editorial del Boletín de Información para Emigrados Socialistas que los amigos antiguos y modernos de la Jare editan en México. No es posible montar una ficción semejante. Júpiter, a caballo sobre esa ficción, lanza rayos exterminadores —lapidadores nada menos— sobre la verdad. Baje Júpiter de su Olimpo y venga a razones, no a ficciones.

Al terminar la lucha en Cataluña, hubo dos movimientos simultáneos: uno hacia Madrid, para tomar posiciones contra Franco; otro hacia París, a tomar posiciones contra el Gobierno Negrín, en el que había —no se olvide— cuatro socialistas, pese a lo cual, con apoyos foráneos, un socialista, Araquistáin, rompió el fuego dialéctico con razones y sinrazones que después vimos más destacadamente apadrinadas. Araquistáin fué desautorizado y colocado fuera del P.S.O.E. en nota que once miembros de la Ejecutiva redactaron en buen castellano y aprobaron unánimes. Ni indisciplina, ni ataques, ni contactos forasteros eran tolerables. No era permisible que, a la puerta de los dantescos campos de concentración, los que entraban en el exilio tuvieran que dejar toda esperanza de fraternidad, de unión, de convivencia ante los infortunios que les esperaban. Pero los denuosos de los enemigos de la España republicana se unieron, para fortalecerse, a los dicterios que la mala pasión desató entre unos y otros. La demagogia hizo su obra. Demagogia electoral, que promete lo que sabe no poder cumplir, y a veces no querer cumplir. Y los hombres representativos, hartos de años de lucha y llenos de cicatrices, se gastaron suicidamente en el esmeril del bulo, de la calumnia y del despropósito. Salir al paso de ese mal disgregador era un deber, y ese deber se cumplió. Paralela conducta a la de Araquistáin siguieron otros, bastante más obligados a la disciplina, e igualmente fueron sometidos a pareja sanción. Y así como el primero, para sostener libremente su criterio, dimitió sus cargos, los otros tomaron el camino de la escisión; y a espaldas de la Ejecutiva, no escindieron más que el Sere, el Grupo Parlamentario y la U.G.T. Contra el criterio conciliador de la dirección del Partido —convaleciente de indisciplinas anteriores—, todo fué escindido con un tajo profundo del espadón de la soberbia. Así estaban las cosas desde hace cerca de tres años. Varias escisiones, y detrás de ellas, iniciándolas o secundándolas, algunos de los ex-ejecutivos. Valdría la misma nota a que nos hemos referido antes para considerarlos —si no lo hubieran sido oportunamente— al margen del P.S.O.E.

Unos hemos seguido en nuestra actitud: disciplina para todos y cordialidad. Otros se unieron a la carroza de los rencores, acaso sin sentir como propios los ajenos, y atizaron el fuego. De ese error y de esa injusticia nos sentimos exentos. Nos duelen y nos dolían las desgarraduras que, pese a nuestros consejos, se iban produciendo. No en balde arraigan afectos en muchos años de camaradería.

Poniéndose la venda, por tarde ya, ahora nos tildan enfáticamente de escisionistas y de desleales. Lealtad, la nuestra. En ese conclave excomulgador, que tuvo "en cada puerto un amor", negrinista en París y antinegrinista en Veracruz, del Sere al Jare, no se nos puede dirigir tal reproche. Lealtad por lealtad, la nuestra. Eramos y somos la Ejecutiva del "coro de doctores", nacida al calor de un movimiento de opinión favorable a una actitud equidistante del seudomarxismo —más demagógico que sentido, como ya se ha visto— y de un fabianismo municipalista. Teníamos un mandato de integración del Partido, de centrar el Partido y asegurar su cohesión y su disciplina, la famosa disciplina de la minoría de cemento, que consiste en respetar los acuerdos después de tomados, no adoptar una actitud de rebeldía contra ellos y luego discutirlos en ocasión propicia forzada por el hecho consumado. Eramos la Ejecutiva de la respuesta al Comité de la Agrupación de Madrid cuando nos tildó —a todos— de "comunistoides"; respuesta que, de puro celebrada, no habrán olvidado los autores del editorial que comentamos. Eramos —y somos— la Ejecutiva que en París se trazó una norma que unos hemos seguido y otros han conculcado: el Partido sobre todo y sobre todos. Lealtad al consejo dado a los pasajeros del "México": "Humilde entereza; sembrad vuestra fe por los surcos del mundo; mostrad todo el orgullo de nuestro ejemplo". Lealtad para con los organismos a que se pertenece. "Quien se marcha con sus discrepancias o con sus enconos a la plaza pública para exhibirlos y ganar voluntades foráneas o coincidentes en el rencor —decís bien, pero aplicado a vosotros— ha dejado de pertenecer al Partido". Lealtad para con la propia obra realizada unánimemente, no entrega del Boletín a los denostadores de una política propia como si a ella fueseis ajenos y no actores esforzados.

¿Escisión? Sí, por desgracia. Pero no esa que señaláis saltando sobre los deberes del artículo segundo para invocar los derechos del tercero. Escisión desde hace dos años y medio. Mejor, escisiones. Todas con el mismo cuño: una voluntad de discordia contra muchas voluntades de unión, entre las cuales siempre estuvo, la primera, la nuestra. Por no romperla más hemos limitado, nunca abandonado, nuestra actividad a tareas ajenas a las anécdotas del casinillo de Balderas. Nadie ha estorbado entre tanto la posibilidad bien amplia de que, solos con vuestra independencia, se alumbraran las geniales iniciativas previstas sobre solidaridad, sobre embarques, sobre creación de industrias, sobre teorías, sobre táctica; para que ya hubiera un acervo de publicaciones, de discursos, de ensayos creadores, de orientación de la juventud, deseosa de salir de negaciones y de apollilladas rutinas societarias. La libertad que os habéis tomado, al precio de escindir todo, sólo ha servido para mostrar superados los errores que combatáis y que queríais curar con remedios herbicos. Ni superación, ni orientación nueva.

Discrepancias, desde luego. Una fundamental: con la disciplina o contra la indisciplina. Discrepancias que podrían haber tenido solución en la práctica rigurosa de la democracia interna. La discrepancia es un derecho, pero antes existe el deber de acatar los acuerdos. A quien se rebela contra los acuerdos no le corresponde el derecho a pedir su revisión posterior. Mejor que nadie saben los que escribieron ese editorial que la unidad ha sido posible muchas veces, pero siempre la han frustrado los obstáculos tradicionales, que en el P.S. se han llamado "el yo enemigo del nosotros".

El Partido —ni presidencialista ni secretarial, pero menos "vocalista"— es uno e indivisible. El nuestro. El que halla en la disciplina su virtud y su fuerza. El que no repliega sus concepciones ideológicas. El que, permaneciendo en España, no simboliza a ésta en la cara, en los toros y en el sentimiento religioso, sino en su proletariado, en la "humilde entereza" de su pueblo. "La España prometida al verdugo es la que ordena", escribió el gran Zuga. De esa España esperamos nosotros también el juicio definitivo, no anticipaciones de tertulias nutridas al arrimo del favor. Sin alardear de mensajes que, por desgracia, no pueden ser ni frecuentes ni explícitos, ya tenemos un anticipo, y de Madrid: "Vuestra estancia en el Extranjero sólo se justificará —dice— en la medida que sepáis trabajar por los que en España sufrimos". Por los que en España sufren se trabaja uniendo todas las voluntades antifascistas, no resucitando y agigantando agravios que para tareas menores que han liquidado fácilmente. Preparamos nuestra lista de esfuerzos, de sacrificios, de vigilias por nuestros compatriotas torturados; y si alguien la rebasa, mejor para España y mejor para el Socialismo.

Para evitar las repetidas suplantaciones de la representación del P.S.O.E. que se han intentado en diversos países, se advierte a los exilados procedentes de nuestro Partido que no deben reconocer como legítimos otros documentos que aquellos que lleven las firmas del presidente o del secretario general, compañeros R. González Peña y R. Lamóneda, o de compañeros a quienes se haya conferido la delegación de la Comisión Ejecutiva.

En México, ningún otro Círculo más que el Jaime Vera está reconocido como filial del P.S.O.E.

EL SOCIALISTA es el único órgano periodístico del Partido.

Los compañeros que necesiten dirigirse a la U. G. T. deben hacerlo a nombre de su secretario adjunto, Amaro del Rosal, Madero 74, México, D. F.

V A R I A

El P. S. O. en el Congreso Antifascista. —Durante los días 30 y 31 de enero y 1 del corriente se ha celebrado, en el Teatro de las Artes, el Primer Congreso Antifascista de México, organizado por Acción Democrática Internacional, y al que acudieron representantes de 104 organizaciones antifascistas mexicanas o de exilados políticos. El P.S.O.E. estuvo representado por su secretario general, compañero Lamóneda, y por el camarada Ferretjans, vocal de Baleares en el Comité Nacional. La Delegación del Círculo Jaime Vera estuvo constituida por los compañeros Moreno Mateo, Lucia y Veneranda García. La de la U. G. T. la formaban González Peña y Anguiano. Las ponencias estudiadas y las resoluciones adoptadas por el Congreso —dentro de un cordial espíritu de unión— son de especial interés y serán comentadas en nuestro próximo número. Las representaciones españolas tuvieron la satisfacción de escuchar opiniones de calurosa adhesión y solidaridad con la causa del pueblo español, así como la de obtener que el Congreso acordase por aclamación reclamar de los Gobiernos democráticos el reconocimiento del régimen legal de la República española. Acción Democrática Internacional, por mandato del Congreso, abordará la creación de un Comité Coordinador de las actividades antifascistas en México, que —justo es confesarlo— está siendo muy necesaria.

Cursos de capacitación. —En el Instituto Luis Vives se ha celebrado recientemente la inauguración de un curso de capacitación profesional para obreros de la fábrica Vulcano, importante planta siderometalúrgica creada, como es sabido, por el Comité Técnico de Ayuda a los Republicanos Españoles, y donde trabajan numerosos exilados. Previamente invitado por el Comité del Sindicato de los Obreros de Vulcano, el Círculo Jaime Vera estuvo representado en dicho acto por los camaradas Edmundo Lorenzo e Ignacio Ferretjans.

El Hogar Español. —Van muy adelantados los trabajos de constitución del Hogar Español, gran Centro Cultural que se propone agrupar a los españoles izquierdistas residentes en México. Los organizadores, entre los cuales están muy destacadas personalidades de la emigración, confían en que el Hogar Español será una realidad en fecha muy próxima.